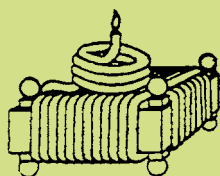

Año LI urtea

N.º 93. zk.

2019



CUADERNOS de Etnología y Etnografía de Navarra

SEPARATA

El valle de Erro y la emigración a California: Pedro Mari Murillo

Orreaga IBARRA MURILLO

El valle de Erro y la emigración a California: Pedro Mari Murillo

Erroibar eta Kaliforniarako emigrazioa: Pedro Mari Murillo

The Erro valley and the emigration to America: Pedro Mari Murillo

Orreaga IBARRA MURILLO

Universidad Pública de Navarra / Departamento de Filología y Didáctica de la Lengua

orreaga@unavarra.es

DOI: <https://doi.org/10.35462/ceen.93.9>

Agradezco a mi tío Pedro Mari el testimonio de estas vivencias, reflejo de una vida esforzada como lo fue la de tantos erroibartarras.

Recepción del original: 22/08/2019. Aceptación provisional: 25/11/2019. Aceptación definitiva: 16/12/2019.

RESUMEN

Se refleja en este artículo el proceso de emigración a California de un pastor del valle de Erro, paradigma de la emigración de los valles navarros. Su estancia en California es un reflejo de la vida de muchos jóvenes que trabajaron en los valles de San Joaquín y Fresno. Se analiza el contexto histórico y social de la posguerra de este valle pirenaico y se profundiza desde un punto de vista autobiográfico en su estancia en aquella época en la que ya se iniciaban los contratos. Las razones para la emigración, la convivencia con otros pastores, la lucha contra la soledad, el trabajo en duras condiciones y, finalmente, las razones para el regreso son objeto de análisis.

Palabras clave: pastores americanos; emigración; Navarra; valle de Erro; California.

LABURPENA

Artikulu honetan Erroibarko artzai baten Californiarako emigrazioa aztertzen da: Nafarroako artzairen emigrazioaren paradigma dena. Bere Californiako egonaldia islatzen du gazte anitzena, San Joakin eta Fresno ibarretara joan zirenak. Lerro hauetan aztertzen da gerra ondorengo ingurune historikoa eta soziala; eta modu autobiografikoan sakontzen da aro honetan. Hain zuzen ere, kontratuak hasten zen garai honetan. Emigrazioaren arrazoiak, bertze artzaiekin elkarbizitza, bakardadearen kontrako borroka, lan gogorra, eta azkenean itzuliaren arrazoiak aztertzen dira.

Gako hitzak: euskal artzainak; emigrazioa; Nafarroa; Erroibar; California.

ABSTRACT

This article reflects the emigration process to California of a shepherd, paradigm of the emigration of the Navarre valleys. His stay in California is a reflection of the lives of many young people who worked in the valleys of San Joaquin and Fresno. The post-war historical and social context of this Pyrenean valley is analyzed from an autobiographical point of view, in his stay at that time when the contracts were already beginning. The reasons for emigration, living with other pastors, the fight against loneliness, work in harsh conditions and, finally, the reasons for the return are subject to analysis.

Keywords: basque shepherd; emigration; Navarre; Erro Valley; California.

1. LA TRADICIÓN DE EMIGRAR EN EL VALLE DE ERRO. 1.1. La vida de un chico de diecisiete años en la posguerra. 1.2. Ambiente de posguerra en el valle. 1.3. Maquis y contrabando en los alrededores. 2. EL VIAJE Y LA LLEGADA. 2.1. La necesidad de pastores. 3. LA TIERRA DE ACOGIDA. CALIFORNIA, BAKERSFIELD. 4. LOS CONTRATOS DE TRABAJO. 4.1. La asociación de pastores. 4.2. La realidad de los contratos. 5. LA ESTANCIA EN CALIFORNIA. 5.1. La dureza del pastoreo y las enfermedades. 5.2. La soledad. 5.3. Algunas experiencias duras. 5.4. El uso de armas. 6. LOS HOTELES Y LOS CLUBS VASCOS. 6.1. Baile y fiestas. 6.2. Los hoteles vascos. 7. EL REGRESO. 8. A MODO DE CONCLUSIÓN. 9. LISTA DE REFERENCIAS.

1. LA TRADICIÓN DE EMIGRAR EN EL VALLE DE ERRO

El caso de Pedro Mari Murillo, de Erro, y su estancia como pastor en California representa un universal de los pastores americanos. La necesidad de abandonar el territorio navarro ante la ausencia de expectativas de mejora en el entorno, la obligatoriedad del servicio militar y la escasez de oportunidades en la industria fueron los componentes que empujaron a muchos jóvenes del valle de Erro a la emigración. Además de las guerras, y sus desastres, hay que tener en cuenta que en el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX se sucedieron importantes crisis cíclicas en el campo vasco que también contribuyen a explicar estas salidas migratorias.

También el mayorazgo de nuestra tierra, que designaba a un único hijo para ser el heredero, provocaba enormes fricciones familiares, por lo que los no herederos optaban por la emigración a América o, en ocasiones, por el servicio religioso.

Por otra parte, las familias eran muy extensas, por esta razón la emigración era vista como un mecanismo de solución al grave desequilibrio existente entre excedente demográfico y carencia de recursos. Finalmente, otra razón de la migración vasca fue el sistema de llamadas de aquellos emigrantes que ya se habían instalado al otro lado del Atlántico. Sin duda influyó la tradición migratoria de determinados valles o localidades y las noticias que llegaban sobre las oportunidades de éxito, así como el efecto llamada de tener un pariente que ofrecía posibilidades de trabajo. En la casa nativa de Pedro Mari, en Gilontro, ya era la tercera generación que había emigrado.

Como es sabido, años atrás los navarros habían emigrado a Argentina, Chile y otros países de Sudamérica. Este tema es muy vasto y ha sido estudiado ampliamente por José Manuel Azcona (1992). En cuanto a lo que a nosotros nos concierne, estas palabras dan idea del largo y complejo proceso de emigración de los vascos.

Los pastores vascos llegaron a finales del siglo XIX, pero el flujo más importante tuvo lugar entre 1900 y los años 1930. Llegaron con contratos de empleo de pastor por tres años y con la idea de regresar a Vasconia. La mayoría eran solteros. Los primeros pastores vascos de California fueron itinerantes. No necesitaban casa ni muchas cosas, puesto que tenían que llevar todas sus pertenencias consigo en sus viajes (Estornés & Toticagüena, 2019).

Así afirman estos investigadores que en la década de los sesenta en el Oeste norteamericano la presencia de vascos era notable: «En la década 1960, aproximadamente unos sesenta mil vascos de primera y segunda generación vivían en el Oeste de los Estados Unidos. En 1966 hubo unos mil doscientos pastores vascos en activo». Sin duda, la tradición de irse de pastores se remonta a años atrás. En el libro *The Flock*, escrito en 1906, M. Austin describe las condiciones de la cría de ovejas y afirma, refiriéndose a los años 1870, que había una imperiosa necesidad de pastores. En este contexto, la noticia llegó al valle del Ródano y a los Pirineos, donde podían encontrarse los mejores pastores del mundo.

De esta manera, acercándonos al Pirineo navarro, según los estudios de Koldo San Sebastián (1988) sobre la emigración vasca a América, más de mil personas emigraron entre 1870 y 1970 desde los valles de Erro, Esteribar, Arce y Oroz-Betelu. Sin duda, este número de emigrantes es muy alto para unos valles tan pequeños como estos. Tal y como afirma este estudio, están identificados ochocientos oriundos de esta zona, con nombres y apellidos. La mayoría se instaló en California, aunque algunos fueron a Nevada, Idaho y Wyoming.

Particularmente en California es preciso señalar los valles de San Joaquín y Fresno, donde –según comenta este autor– hay más valderranos que en el mismo valle de Erro, especialmente gracias a Matías Erro. Aunque los inicios de este valderrano fueron en el pastoreo, después se dedicó a la agricultura y al ganado vacuno y llegó a ser vicepresidente del Growers National Bank. Casado con Juanita Esnoz, también del valle de Erro, fue un hombre muy relevante y financió el viaje de muchos paisanos, lo que explica la intensa presencia de pastores en Fresno y en la California Central.

También es necesario destacar a Juan Miguel Urrutia, apodado *Mexkirix*, natural de Mezquiritz e hijo de Antonio Urrutia y de Manuela Irigoien. Emigró a Fresno con diecisiete años y se convirtió en un próspero hombre de negocios. Su biografía aparece entre las ilustres del condado de Fresno. Sin duda sus inicios no fueron fáciles, su padre Antonio, arriero, murió cuando él tenía diez años. P. Vandor (1919, p. 2258), en su *History of Fresno*, señala que fue un emprendedor hombre de negocios; compró extensas tierras, rebaños y se convirtió en un próspero agricultor. Tal y como señala la página web donde se recopilan los registros de muchos que emigraron, Juan Miguel Urrutia

nació «en Mezkiritz, valle de Erro, Nafarroa, hacia 1882. Llegó a Nueva York a bordo de *La Champagne* procedente de Le Havre el 25 de noviembre de 1901. Se dirigió a Fresno. Dio como referencia la de J. Bidegaray» (Basques in USA. Amerikanuak, 2016).

Pero no a todos les fue tan bien. Otros dos hermanos de Juan Miguel emigraron también; contaba mi abuela, mi *amatxi* –eran tíos suyos– que estos pastores jóvenes tuvieron que sacar a las ovejas de unas zonas pantanosas, con un enorme esfuerzo. A partir de este suceso cayeron enfermos y ya no estaban capacitados para trabajar. Así que los enviaron a casa «a morir». Cuando llegaron a su casa nativa de Apesui tenían fiebres altísimas y tiritaban fuertemente –¿habrían contraído paludismo o fiebres tifoideas?– a pesar de los calores de agosto; envueltos en mantas murieron con alta fiebre. El diagnóstico de la época decía «que se les había dado la vuelta el hígado». Con estos antecedentes, no era de extrañar que un antepasado de casa Gilontro de Erro, cuando volvió de acompañar a su hijo de diecisiete años a embarcarse en Burdeos para ir a América, el padre dijera a la vuelta: «Muerto lo dejé de pena». Y es que su amado hijo podía hacer fortuna –como se decía entonces, «hacer las Américas»– o bien podía no volver nunca más, como ocurrió con otro tío pastor que falleció a consecuencia de la gangrena que sufrió tras despellejar una oveja con carbunco.

Pero no todo fueron penurias en el Oeste para los vascos, varios de ellos llegaron a cumplir el «sueño americano» y a triunfar en su nuevo país, donde se convirtieron en grandes ganaderos. Hubo ilustres descendientes de valderranos como Robert Erburu, mecenas de arte y director general de *Los Angeles Times* (cuatro millones de ejemplares), nieto de Mariano Erburu, de Espinal (San Sebastián, 2016). Más cercano a nuestros días están los hermanos Campos, de Olóndriz. Representan en la actualidad una de las mayores empresas agrícolas de California y son líderes mundiales en producción de almendras.

1.1. La vida de un chico de diecisiete años en la posguerra

Veamos cómo era el contexto de un chaval de diecisiete años en los años cincuenta en Erro y los alrededores. A través de sus vivencias, trataremos de explicar cómo era su tiempo y la vida de aquella época. Pedro Mari nació el año 1939, en el seno de una familia numerosa, como era habitual en aquel tiempo. Era el menor de ocho hermanos, cuatro hijos y cuatro hijas, y todos ellos vivían en casa Gilontro de Erro. Su madre procedía de Arrieta y su padre de la propia casa. Se crió en un ambiente rural familiar, armónico, religioso y tradicional, en una casa de labranza, dedicado a la agricultura y a la ganadería, acostumbrado a los animales: vacas, ovejas, yeguas, cerdos, gallinas, etc.

La escuela fue exigua, ya que comenzaba a los seis años y solo alcanzaba hasta los once. A partir de esa edad, solo se acudía durante los inviernos, cuando nevaba y no había faena que hacer en la casa. Los chicos y las chicas eran pilares fundamentales en las faenas del campo y del hogar. La recolección de las hierbas, las patatas, las hojas y la trilla en las eras, con bueyes o con caballo, seguidas en el verano de un baño a la luz de la luna en Gualdixiki, eran los trabajos de cualquier niño de caserío. Y dado que Pedro Mari no mostraba vocación para ir al Seminario, la profesión de pastor le venía prácticamente asignada.

La tradición señalaba que el primogénito era quien iba a heredar el mayorazgo y, por lo tanto, los demás debían buscar su destino. En esta época, el hermano mayor Miguel también estaba en California, con intención de volver para ocuparse de la casa; casualmente, durante unos meses, coincidieron tres hermanos en América. La industria en Pamplona era escasa y en California la demanda de pastores era creciente; esta profesión proporcionaba un salario seguro al mes, unos doscientos dólares por término medio. Por tanto, toda clase de trabajadores y muchos jóvenes del valle buscaban una fuente de ingresos en el pastoreo de ovejas. Un mes más tarde de su partida, su hermano Martín José fue también a Nevada (Reno), reclamado ya con un contrato para pastor.

Estas son las vivencias de un joven de pueblo en este contexto. Familiarizado con el rebaño desde la niñez, parte del día transcurría en idas y venidas a la borda donde estaban las ovejas. La borda era un lugar frecuentado; la estancia en ella era una manera de aprender a enfrentarse solo a los problemas. Era la borda la que estaba poblada de leyendas y recuerdos moldeados por el paso del tiempo, como aquel que contaba de su *apitxi* (abuelo). Una noche de invierno oyó a lo lejos el lamento de un hombre, un aullido clamoroso que se iba acercando, cada vez más próximo. El apitxi aterrorizado cogió en una mano el rosario y, en la otra, el hacha, y en esta posición permaneció rígido y tembloroso, dispuesto a enfrentarse a lo que viniera; así hasta que los quejidos estuvieron frente a la puerta de la borda y la tensión también. Sin embargo, poco a poco se fueron alejando. Decía el apitxi que aquel hombre era el demonio...

También relata como decisivas de esa época las andanzas con el caballo y con el perro; al parecer era hábil jinete y no eran pocas las aventuras que pasaba domando al caballo, bajando las lomas cabalgando a pelo, silbando entre la hierba. Pedro Mari era el hermano pequeño; durante la niñez, al principio ayudado por sus hermanas y después solo, andaba orgulloso por los pastos de Astobia, por aquel entonces fruto de discordia con los de Zilbeti.

1.2. Ambiente de posguerra en el valle

En el ambiente de posguerra en el valle de Erro las requisas de animales y las maniobras militares eran habituales. No sucedió una única vez que, estando cuidando el rebaño, los soldados que habían estado en Erro y se habían ido a Bizkarreta empezaron, sin previo aviso, a disparar cañonazos a diestro y siniestro. Asustado, condujo a los dos rebaños a la ladera de Astobia y él permaneció en la mosquera. La metralla pegaba en las hayas y los proyectiles pasaban hasta la ladera de Arregi; los tiros procedían de las bordas de Agorreta. Había «manotado» a su caballo corto, un brazo con el otro a corta distancia, para que no se fuese lejos; el caballo asustado bajaba a saltos ladera abajo. Pudo ver en directo los agujeros que dejaban las bombas. Otro día la situación se repitió, poniendo en grave riesgo a los de casa Juantxe y a los de Anso cuando estaban trabajando en la borda; los militares no habían hecho caso a la demanda de su hermano para que al menos avisaran del inicio de las maniobras. Pedro Mari se quejó al capitán por no haberles avisado, pero este le mandó con cajas destempladas. Siempre recuerda este suceso como algo que le impresionó notablemente.

Corría el año 1945, fue el año de la muerte del apitxi, relata con dolor; nacido en el siglo XIX, era un hombre que tenía inquietudes culturales que saciaba leyendo a la luz de la única bombilla de la casa, subido a un banco. Un apitxi que en las guerras carlistas había luchado a bayoneta, un aparejo que ahora se reutilizaba para desgranar el grano de maíz en casa, y que también conservaba orgulloso un catecismo del padre Astete, escrito en dialecto baztanés, que en la guerra le quitó del bolsillo a un «caído en combate». En la década de los cuarenta la presencia de soldados y del ejército en Erro era habitual; un batallón del Ejército llegó a Erro ese invierno. No tenían dónde cobijarse y se instalaron en casa Gilontro, la última casa del pueblo, que tenía un cubierto enfrente. Allí instalaron la cocina y permanecieron durante tres años. Recuerda cómo encontraron a un soldado aterido de frío, arrimado al calor de las vacas, lo subieron y lo secaron junto al fuego; ese año el invierno fue muy duro y su padre abría las puertas de la cuadra para que los soldados se cobijaran. Los soldados colaboraban a veces ayudando en las tareas del caserío, pues muchos eran del norte y estaban acostumbrados a estos trabajos.

También eran habituales en esos años los mendigos itinerantes, que a menudo se acercaban a las bordas para pasar la noche, y que andaban pidiendo de pueblo en pueblo. En una ocasión le ocurrió que, una noche cuando fue a recoger la montura del caballo de la borda, se dio un susto tremendo cuando un mendigo le gritó desde el fondo de la borda donde se cobijaba; un saco viejo y una botella vacía eran todas sus pertenencias. Pedro Mari subió y le convenció de que bajara, le haría fuego en la chabola y se podría secar. Al día siguiente le dio su bocadillo; iba hacia Lintzoain a pedir limosna. Hasta los años setenta había en muchos pueblos, también en Mezkiritz, una especie de cuchitril viejo reservado a los mendigos, un lugar donde podían dormir. Asimismo, hasta esa fecha era habitual que ciertos mendigos pasaran por las casas e hicieran noche en ellas, era una especie de profesión ir de pueblo en pueblo llevando las noticias de las distintas casas. En mi niñez, la presencia del «pobre Miguel» era celebrada por los niños, ya que recibíamos con alborozo unas monedas para comprar una botella de refresco, algo restringido en una casa con muchos hijos. El pobre Miguel era para nosotros «el rico Miguel».

1.3. Maquis y contrabando en los alrededores

En la década de los cincuenta, situado Erro en una zona fronteriza, la vigilancia de los guardias era constante, especialmente en Etxollaga, y es que era necesario controlar la presencia de los maquis y del contrabando en los alrededores. Como es sabido, la época dorada del contrabando tuvo lugar entre 1940 y 1960, debido al aislamiento internacional de España durante el franquismo (Perales, 2004). La Navarra rural estaba en crisis, por lo que el noventa por ciento de la población que residía cerca de la muga se vio obligada a vivir de este negocio. La mayoría de los objetos se traían de Francia para su disfrute en Navarra. Se contrabandeaba con mercancías de todo tipo y con ganado: puntillas de ganchillo, almendras, café, bueyes, vacas, hilo de cobre, rodamientos, coñac, etc.

Pero también estos lugares eran una zona de paso de maquis. Como es conocido, los *maquisard* –término procedente de *maquis* ('matorral')– eran los guerrilleros, exiliados en Francia, que querían derribar a Franco tras la Guerra Civil.

En el otoño de 1944 la Unión Nacional Española (UNE) –la organización de los exilados antifranquistas de predominio comunista– proclamó que había llegado la hora de reconquistar España. La invasión guerrillera que debía derribar a Franco se produjo por Navarra, Huesca y Lérida. La primera embestida se dio en Navarra. Los maquis fueron tomando posiciones cerca de la frontera. La invasión se inició la noche del 3 al 4 de octubre, cuando pasaron los primeros guerrilleros, unos 250 hombres de la 54 Brigada (Prada, 2019).

En el valle de Erro hubo varias escaramuzas. Sin ir más lejos, el día 6 de octubre se produjo un combate contra el Ejército en Aintzioa, a resultas del cual el destacamento de cuarenta maquis se dispersó y retomó la frontera. En el valle vecino de Aezkoa, el 9 de octubre, una partida de ocho guerrilleros entró en Abaurrea Alta, mataron a un guardia civil e hirieron a otros tres. Estos maquis aparecían a menudo en la zona cercana a la frontera y solían solicitar a los lugareños que les indicaran el camino a Francia; los guardias, por otra parte, debían vigilar esta frontera. Este escarceo entre guerrilleros y guardia civiles era una constante en estos pueblos. Por eso,

Durante las operaciones la policía era guiada por civiles de la zona, buenos conocedores del terreno. Y el recuerdo de los guerrilleros supervivientes es que, pese a que los trataban bien y en algunos casos los sobornaron con paté francés requisado, muchos campesinos corrían a delatarlos (Prada, 2019).

Según relataba Honorio Ibarra, de Mezkiritz, cuando de niño se les acercó un grupo de maquis que querían volver a España, el primero preguntó el camino hacia Eugi. En el momento en que les señaló la ruta, el resto de maquis, que estaban agazapados tras las matas, fueron saliendo poco a poco hasta formar una larga hilera. Honorio se encontraba junto a otro hombre del valle que hacía leña en Sorogain, les señalaron el camino y los maquis, agradecidos, les obsequiaban con tabaco y algún otro regalo. No obstante, el leñador los delató a la Guardia Civil y al llegar a Eugi fueron apresados.

Ese día los guardias, que andaban buscando a uno que se les escapó de casa del Montero, controlaban lo que es ahora el Camino de Santiago. Los guardias solían colocar la tienda en el alto de la finca de Azarrea, hoy cubierta de pinos. Pedro Mari, ese mismo día, se dirigía hacia casa sin caballo, en medio de la noche cerrada un guardia le gritó: «¡Alto, manos arriba!». Él lo hizo y el guardia se acercó a unos quince metros. Allí escuchó cómo con el cerrojo del fusil metía el cartucho listo para disparar. Al instante gritó: «¡Que soy el chaval que pasa de aquí todos los días!». Al día siguiente, cuando regresaba nuevamente para la borda, el sargento le abordó y le dijo: «Por poco te matan, tenías que haber contestado “¡España!”». Pero él se preguntaba: «¡Vaya una forma de identificarse!, ¿cómo iba a saberlo yo?».

La existencia de carabineros y de cuarteles de la Guardia Civil hacía que en los pueblos la vida cotidiana se viera condicionada por su presencia, muchas veces amenazante. Su misión era la vigilancia de costas y fronteras y la represión del fraude fiscal y el contrabando. La situación de Erro es estratégica, es cruce de camino hacia Francia, y por eso muchos de los que aparecían queriendo cruzar la frontera estaban desorientados y hambrientos.

Cuando aparecían por los caminos, Pedro Mari y sus hermanos les daban algunas provisiones y les indicaban la dirección que debían seguir: «Así nos inculcó nuestro padre», añade. Recuerda que una vez que estaban varios hermanos arrancando patatas, aparecieron dos hombres que llevaban dos días perdidos y hambrientos; ellos les dieron lo que tenían para merendar y a continuación les pidieron llenar los bolsillos de patatas. «Claro que sí», les contestaron. «Son escenas que se te quedan grabadas», añade Pedro Mari.

En otra ocasión, relata que con dieciséis años se encontró con tres hombres que le pidieron que les señalara el camino hacia Francia; él temeroso les indicó la ruta a seguir y les advirtió que no se quedaran en la borda, porque por allí aparecían a veces los guardias. Sin embargo, a la mañana siguiente se volvió a topar con ellos otra vez en la misma puerta de la borda; la noche anterior no le habían dado buena espina, ya que su indumentaria le hizo sospechar, no eran iguales a los que iban a Francia... Entonces les dijo que se fueran de allí. Uno de ellos le contestó que prefería ir a la cárcel antes que morirse de frío por los montes. Le pidieron hacer fuego en la chabola, él accedió, temeroso y dubitativo. «¿Qué podía hacer?», añade. De repente, uno de ellos se identificó como policía, le dijo que era «de la brigadilla» y que estaba prohibido orientar a los que iban a Francia. Estaban allí para «pillar» contrabando y por ese motivo habían arrestado ya a varios en el valle.

A los días, el cabo de la Guardia Civil se dirigió a Isidro, su padre, exigiéndole que Pedro Mari se presentara en el cuartel. Él acudió inmediatamente, el guardia le pasó a un cuarto pequeño y le dijo: «Tú tienes que ver o saber que se pasa contrabando». Pedro Mari contestó que únicamente andaba de pastor y no cambió en ningún momento su versión, no hubo manera de sonsacarle nada más. El tono amenazante, la mirada clavada cuando se cruzaba con él en el pueblo continuaron, pero Pedro Mari no bajó nunca la vista.

2. EL VIAJE Y LA LLEGADA

Las razones generales de la partida ya las explicamos al inicio; a esto hay que añadir el ambiente opresivo y sin horizontes que se dibujaba ante nuestro protagonista. Así llegó el día de la partida; el viaje de Pedro Mari era el habitual en los viajes de los pastores de esa época, más recientes, que ya viajaban en avión y no estaban obligados a las largas travesías en barco. El primer destino era Bakersfield, condado de Kern, en California. Había ya tradición de vascos en esa zona.

Un pastor vizcaíno refleja en una frase lo que fue su viaje: «Etorri ginen bizirik dagon paketie bezala» (Vinimos como un paquete que está vivo) (Eitb, 2013), en referencia a que ellos ignoraban a dónde tenían que dirigirse, porque todo lo necesario venía apuntado en un cartel que colgaba del pecho. En este reportaje de pastores americanos se resumen los testimonios de adaptación, trabajo duro y desarraigo en primera persona.

En el caso que nos ocupa, el primer viaje fue en el año 1957. En concreto salió de Erro, dirección a Pamplona, para luego dirigirse a Bilbao. Después de despedir a padres y hermanos, su hermana Aurelia le acompañó hasta Pamplona; allí comieron en

el restaurante La Aragonesa. Su madre lloró los días siguientes desconsoladamente; la casa despedía al chico pequeño y se quedaba sin la ayuda de los jóvenes. Por la tarde les esperaba el autobús de la Burundesa a Bilbao. Eran unos veinte jóvenes, cerca de la mitad del valle, y otros tantos de Roncal. Tenía dieciocho años y era el más joven de todos. En el momento de la partida empezó a llover fuertemente, y los jóvenes pastores cantaban «Adiós Pamplona, Pamplona de mi querer, ¿cuándo te volveremos a ver...?», con ilusión y a la vez con una tremenda nostalgia.

En Bilbao permanecieron aproximadamente una semana, tiempo necesario para tramitar el visado del pasaporte y recoger las placas torácicas y certificados médicos. Sin duda los exámenes médicos eran muy rigurosos, ya que había que garantizar que los jóvenes iban en buenas condiciones de salud. Allí se tenían que poner en cueros por primera vez; este momento constituía el primer contacto con el exterior. También esta estancia en Bilbao le supuso a Pedro Mari un encuentro con las costumbres foráneas, ya que al dar una vuelta por el barrio chino vivió una experiencia desagradable, al encontrarse en esta zona con un ambiente amenazador y camorrista. Por esa razón, decidió pasar las tardes yendo al cine. Otro día fueron a conocer el mar, y también, cómo no, vieron las primeras chicas en traje de baño; todo era novedoso. Allí en Bilbao pasaban el tiempo en el cine, comiendo en las tabernas o viendo cargar y descargar los barcos. A las tardes se solían acercar al puesto de una castañera, la cual entabló conversación con ellos e interesada les preguntó de dónde eran. Ella, extrañada de su destino, les dijo: «¿Pero, si sois unos críos?». Ahora piensa: «¡Qué razón tenía aquella mujer!».

Desde allí eran enviados, unos vía París y otros por Madrid, hacia el Oeste americano. El viaje lo realizaban en tercera categoría. En el último viaje, el encargado de la gestoría les dijo, como gran cosa, que les había reservado billete en segunda. Él no se pudo contener y le contestó con rabia: «¡Claro, nos mandan en segunda porque no hay tercera!». Pedro Mari sabía que ya habían eliminado esa categoría, bastante consciente de que abusaban de su situación. En Madrid aprovecharon la estancia para conocer El Retiro y otros lugares de la ciudad. Tras pasar un día allí, tomaron el vuelo, su primera experiencia en avión. Fue un viaje con turbulencias que les sorprendió a él y a un roncalés en el baño. «¡Ay, ay!, que me hundo!», gritaba el roncalés, mareado, hasta que llegó la azafata y les obligó a sentarse y atarse en sus asientos. Tras el accidentado viaje, llegaron a Nueva York. Allí, ya iban advertidos de que, al llegar al mostrador de inmigración, tenían que cuidarse de no toser, de lo contrario les podían dejar en cuarentena sin posibilidad de entrar al país. Así, de uno en uno mostraban el pasaporte, certificado médico y la placa torácica que era examinada allí mismo.

Tal y como hemos señalado, a la entrada de Nueva York eran registrados. Como es de suponer, en estos registros se recopilaban diversos datos, como la dirección de la persona que les recomendaba. Koldo San Sebastián (2016) señala la dificultad de investigar en este tema:

Este tipo de investigación se está complicando cada vez más, porque originalmente todos los extranjeros accedían a los Estados Unidos por Ellis Island ya que llegaban en barco (todavía los vuelos en avión eran casi una quimera) y se les controlaba la

filiación completa hasta por identidad, recomendación o dirección de la persona que respondía por ellos. El encargado de tomar nota lo hacía «a oído» al desconocer otro idioma que el suyo, y así te encuentras con un Menegildo (Hermenegildo) de Almandoz, un Parraguirre (llegó a ser senador) por Iparraguirre, un Goneche por Goyeneche y similares.

Una vez en Nueva York, había que cruzar América de este a oeste. Así que llegó a Los Ángeles «destrozado»; y todavía le esperaba el último vuelo hasta Bakersfield, aunque este viaje fue breve. Pedro Mari llegó en una situación lamentable y, además, era incapaz de entender lo que la azafata le decía. Al llegar, a pie de avión le esperaba el patrón, que lo montó en su *pick up* y lo condujo a su casa. Allí, su esposa le preparó un desayuno americano: beicon con huevos y un café con leche. Una vez repuesto, Pedro Mari, bien diligente, le dijo: «Ya estoy dispuesto para cuidar ovejas americanas». Esto denotaba la ilusión y las ganas de trabajar y un carácter esforzado y duro.

A renglón seguido, se dirigió con el patrón al campo donde estaba su hermano mayor Miguel, que también trabajaba para él. Fue una gran alegría poder encontrarse con él en tierras tan lejanas. Durante un breve tiempo se reunían para pasar la noche, ya que no estaban muy alejados. Pero esta época fue breve porque el pastoreo de otoño e invierno se hacía en las alfalfas, que eran de regadío y eran alquiladas por el patrón. Es decir, había que trasladarse de un rancho para otro y estos estaban bastante alejados entre sí.

2.1. La necesidad de pastores

Tal y como hemos señalado anteriormente, desde mediados del siglo XIX se produce un flujo creciente de vascos y navarros hacia el Oeste de Estados Unidos siguiendo la llamada de la «fiebre del oro», la importante demanda de carne y el fácil acceso a la tierra y a los pastos. Muchos de estos trabajadores se trasladaron en un primer momento a países de Latinoamérica para acudir después a los Estados Unidos, donde se establecieron en lugares como Nevada, Idaho, Wyoming y Utah para trabajar en la ganadería, un negocio que resultaba «boyante» porque las «poblaciones en creciente desarrollo» necesitaban alimentos.

Los vascos cuidaban rebaños que podían superar las dos mil ovejas, en lugares donde podían pasar meses en las praderas hasta que regresaban a los ranchos, donde se convertían en «mano de obra intensiva», esquilando a los animales, en la parición o realizando otras labores.

A finales del siglo XIX todavía estaba muy presente el racismo en los Estados Unidos, donde había varias minorías marginadas, como los mexicanos, los indios o los negros. La de los pastores trashumantes también era una labor denigrada y marginalizada que se oponía a la de los conocidos vaqueros. Así resume Saitua la situación:

En la década de 1890, cuando un número cada vez mayor de inmigrantes vascos llegó al Oeste para trabajar como pastores de ovejas, su presencia en los pastos públicos comenzó a perturbar los intereses económicos de los viejos ganaderos. La competencia

entre estos y los pastores de ovejas por los recursos de forraje se intensificó, a menudo estallando en violencia. Los pastores de ovejas contratados, como los vascos, fueron los más afectados por los conflictos de campo resultantes (Saitua, 2019).

Los pastores vascos, con sus rebaños asentándose en tierras públicas de pastoreo, fueron percibidos como una seria amenaza para los intereses económicos ganaderos, el desarrollo agrícola sostenible y el interés público en general. Se les culpó por los problemas económicos y ambientales interrelacionados que afectan a las tierras de pastoreo públicas. En tales circunstancias, los pastores de ovejas vascos pronto se convirtieron en los villanos de los pastizales públicos.

En este sentido es clarificador lo que afirman Douglass y Bilbao (1975) sobre el tipo de trabajo; según señalan, el californiano autóctono no se veía atraído personalmente por la cría de oveja; por la condición de vaquero, solía tener una pobre opinión del pastoreo.

Gómez Ibáñez (Douglass & Bilbao, 1975, p. 281), en su estudio sobre la trashumancia de las ovejas, sostiene que los pastores vascos aplicaron unos conocimientos adquiridos en los Pirineos a las condiciones de los pastos del Oeste americano. La información biográfica de Pedro Mari y sus hermanos, sin embargo, no nos muestra un hábito de guiar a las ovejas en sistema de trashumancia, si bien, al proceder de una familia ganadera con rebaño y con borda en el monte, estaba acostumbrado a las ovejas y sabía guiarlas con el perro, aunque en su pueblo natal, en Erro, no se trashumaba. Sin embargo, por tradición, la profesión se pasaba entre los hermanos de mayor a menor, y en su casa eran cuatro varones. Por otra parte, Pedro Mari conocía también cómo montar a caballo, ya que a lomos de una yegua iba a la borda todos los días de su niñez.

Durante los primeros años de su estancia en América, los pastores vascos solían ser profesionales contratados que carecían de tierras y que se movían a lomos de un burro que transportaba la tienda y las provisiones del pastor (Douglass & Bilbao, 1975, p. 290). A pesar de la carencia de propiedad, es patente la alabanza pública de los vascos en California que hace hincapié en su conducta:

Todos los años llega un grupo de esta gente aquí [vascos], hasta ahora los vascos forman una gran parte de la gente de la población del condado de Humboldt. Son ovejeros expertos y gente trabajadora. Muchos de ellos tienen rebaños de ovejas en propiedad y son propietarios de tierras y han hecho de este país su hogar permanente (Douglass & Bilbao, 1975, p. 332).

La misma impresión causaban los vascos asentados en Latinoamérica que formaban un grupo étnico con conciencia de sí mismos y capaces de realizar tareas colectivas. Recogen Douglass y Bilbao (1975, p. 200) cómo en un periódico uruguayo, publicado en el año 1880, se caracterizaba a los vascos como trabajadores duros y apacibles. Pero, por encima de todo, se les elogiaba por su habilidad a la hora de adaptarse a unas condiciones exigentes para la cría del ganado en regiones semidesérticas. Asimismo, un artículo del diario uruguayo *Asociación Rural del Uruguay*, que apareció aproximadamente en la misma época, consideraba que los vascos eran los inmigrantes más convincentes

por su rectitud moral, dedicación al trabajo duro y su amor a la libertad. Se señalaba como motivo de especial elogio la fuerte lealtad familiar existente entre los vascos y su tendencia a colonizar la tierra mediante unidades familiares.

3. LA TIERRA DE ACOGIDA. CALIFORNIA, BAKERSFIELD

Esto es lo que afirma de Bakersfield un matrimonio conocedor de esta tierra; estos investigadores originarios de Roncal y de Bizkaia han rastreado profundamente en estas cuestiones y han llevado a cabo un trabajo de campo sin precedentes acerca de las comunidades de la diáspora vasca:

Bakersfield era considerada, a principios del siglo XXI, la capital culinaria vasca de los Estados Unidos, con siete restaurantes vascos. Esta ciudad y las vecinas del condado de Kern tenían la mayor concentración de vascos de California. Se suponía que había entre unos cinco mil y diez mil vascos residiendo en esta área que representaban hasta una cuarta generación de descendientes de los primeros vascos que llegaron a esta zona. La mayoría de la Baja Navarra y particularmente de Baigorri (Estornés Lasa & Totoricagüena, 2019).

Sin duda, el inicio de la estancia de los pastores vascos se remonta a muchos años atrás. A fines de 1800, la mayoría de los vascos atraídos por la fiebre del oro acabaron trabajando en Bakersfield como ovejeros. Muchos se asentaron tras la inauguración del Iberia Hotel en 1893, construido por Faustino Noriega y Fernando Etcheverry y que más tarde fue rebautizado como Noriega's. Desde 1870 hay noticias en los periódicos locales de rebaños de miles de ovejas que entran a pastar en California: «Se está reuniendo una inmensa cantidad de ganado en los condados de Kern y Tulare». A partir de estos comienzos se desarrolló una gran industria ovina en pastos abiertos. A comienzos del siglo XXI la mayoría de los ranchos pertenecían a familias vascas. Alrededor de un 95 % del total de ovejas que existían en el condado de Kern eran de propiedad vasca.

Estos son los primeros pobladores de Kern County y los ascendientes del Hotel Noriega, en Bakersfield, núcleo de reunión de los pastores vascos. Este era el lugar donde se celebraba la fiesta de los pastores vascos:

Una de las primeras familias que se asentó, en 1874, en Bakersfield fue la de los Laxague, que emigraron de Aldudes (País Vasco continental). [...] Una sobrina suya, Louise, casó con el santanderino Faustino Noriega, que fue un importante hombre de negocios. A comienzos del siglo XXI se conservaba la mansión construida por Noriega entre 1894 y 1900, en la que residían sus nietas (Estornés & Totoricagüena, 2019).

Por tanto, los vascos llevaban más de un siglo establecidos allí. Estos representaban en parte un reflejo del ideal norteamericano de entrega (independientemente del tipo de trabajo que fuera). Por las costumbres frugales y la moderación del estilo de vida, los vascos se ganaron el respeto. Aunque es evidente que existía un abismo entre los vascos más prósperos y sus compatriotas dedicados al pastoreo de ovejas o que trabajaban

como ovejeros itinerantes, esto dificulta aplicar un estereotipo étnico de carácter simplista como si fuera un todo.

Otra de las primeras familias en aterrizar en Kern County fue la del Bearne. Esta familia era natural del sur de los Pirineos franceses; siempre tuvo una amistad especial con los vascos y se dice que gracias a ella muchas otras familias vascas se asentaron en Kern County. El patrón de Pedro Mari también era de procedencia bearnesa y el que posteriormente compró el rebaño también lo era. Estos apellidos dan idea de los vascos que se asentaron:

Además de las nombradas, había otras familias destacables en la historia de Kern County; así los Etcheverry, Eyherabide, Ansolabehere, Goñi, Cadet Argain, Etchecury, Urepel, Mendiburu e Yribarren entre otras (Estornés & Totoricagüena, 2019).

En un principio, no hubo una diferenciación exacta entre vascos y franceses, es más, al no haber un lugar reconocido como vasco o como francés, los dos grupos acabaron juntándose sin hacer distinción alguna entre vascos, franceses o españoles.

En general, había más inmigrantes franceses que vascos. Las cosas fueron cambiando cuando la economía francesa se recuperó. Entonces la emigración de franceses a América disminuyó en grandes proporciones y además muchos de ellos volvieron al lugar de origen (Estornés & Totoricagüena, 2019).



Figura 1. Casa Noriega en la actualidad.

Cercanos a nuestros días, los ovejeros más importantes de la década de los sesenta en Bakersfield eran los Mendiburu y los Iturriria, procedentes de Lekarotz. Los últimos hermanos de esta familia baztanesa son Andrés, Paco y Miguel. De esta familia de catorce hermanos, cinco emigraron a California. El hermano de Pedro Mari, Martín José, trabajó para ellos; su patrón, apellidado Sario, les había vendido también el rebaño. La relación con los Iturriria fue de absoluta confianza y amistad. Todavía hoy estos baztaneses emprendedores y sus descendientes mantienen vivas las tradiciones, hablan euskera y son miembros activos de la Casa Vasca (Kulturkari-Ttipi ttpa, 2012a, 2012 b).

Como vemos, a pesar de que ya no hay emigración en Bakersfield y Kern County, el espíritu y la personalidad vasca se mantienen vivas en la calle. Muchos de los vascos actuales, siendo terceras y cuartas generaciones, siguen sintiéndose orgullosos de sus antecedentes vascos y de ser vasco-americanos. Sin embargo, en la actualidad muy pocos jóvenes vascos entran en el negocio ovejero y mucho menos como pastores. Las nuevas generaciones prefieren estudiar y dedicarse a otras profesiones.

4. LOS CONTRATOS DE TRABAJO

Después de la Segunda Guerra Mundial se creó una situación de crisis en la industria de los pastores, reduciendo drásticamente los beneficios de las operaciones. Esto supuso un grave escollo, con el consiguiente problema para los patrones de ovejas, casi todos vascos de ambos lados de la frontera. En este contexto nacieron los *ganchos* y las *agencias de emigración* que –de forma similar a lo que sucede hoy en día con la emigración– se lucraron a costa de los emigrantes que se hipotecaban para pagar el viaje a cambio de poder trabajar en el país de destino y así poder saldar su deuda.

Un breve resumen de los últimos años de la emigración, en la década de los cincuenta, lo aporta Imízcoz:

Después de 1918 la política migratoria de EE. UU. se volvió muy restrictiva y la entrada de pastores será limitada hasta los años cincuenta, cuando vuelve a repuntar debido a la demanda de mano de obra de pastores. En la década de los cincuenta, los denominados «vascos californianos» se distribuían de manera que un 36,6 % eran navarros, casi en su totalidad de la montaña, y un 52,4 % de la Baja Navarra (Imízcoz, 1992).

No obstante, todavía durante los años sesenta, para los jóvenes navarros de la Montaña seguía siendo más atractivo el trabajo de pastor de ganado en Estados Unidos, Canadá o Australia que en la Europa occidental, que estaba en proceso de reconstrucción. A pesar de las críticas y denuncias del Gobierno de España a los malos tratos que recibían los pastores, sobre todo en Estados Unidos, el efecto llamada del pariente o conocido y las redes sociales existentes en aquel momento parecen ser las principales razones del éxito este destino en lugar de los más cercanos países europeos (Laparra & Anaut, 2009).

4.1. La asociación de pastores

En la década de los cincuenta, los granjeros se organizaron para cambiar las leyes de inmigración y así nació la asociación Western Range Association, con el objetivo de contratar a los pastores procedentes del País Vasco. Hasta el comienzo de los años setenta, esta asociación extendió miles de contratos, en lo que constituyó la última generación de pastores vascos.

Los trabajadores de esta última etapa llegaban generalmente con contratos de tres años firmados con esta asociación, que había pagado parte del viaje. Tras este tiempo, si regresaban al País Vasco, los pastores tenían opción a un segundo contrato por otros tres años. Durante la década de 1960, el pastor podía ganar unos 230 dólares al mes.

Según Estornés y Totoricagüena (2012), el permiso para reclutar pastores lo consiguió un senador de Nevada:

En 1950, el Senador de Nevada Patrick McCarran consiguió permiso para reclutar pastores españoles. Esencialmente, cada pastor recibía un contrato de tres años, gracias al cual podía trabajar en los Estados Unidos. Además, podía recibir una ampliación si viajaba fuera de los Estados Unidos. De esta manera se aseguraba que no podía conseguir la residencia permanente en el país pero podría entrar a trabajar.

De esta manera, entre 1957 y 1970, esta asociación realizó 5495 peticiones de pastores. Antes de 1965, el 95 % de las peticiones de empleo fueron de vascos, principalmente vizcaínos y navarros. «Solo en el año 1976, 2161 pastores vascos obtuvieron residencia de este modo» (Estornés & Totoricagüena, 2019).

En torno a los años 1960, todos los contratos detallaban las cláusulas suscritas entre la Western Range Association y el emigrante. Fueron las siguientes:

- Dirigirse al lugar de empleo que la asociación pudiera requerir en los Estados Unidos.
- Trabajar y residir en la hacienda a la cual fuera asignado.
- Obedecer y cumplir con todas las normas y reglamentos establecidos por el patrono.
- No trabajar en ningún momento y mientras subsista el contrato para otra persona o entidad que no fuera la asociación.

Y por parte de la asociación:

- Adelantar todos los gastos de viaje, ida y vuelta, cuyo importe será reembolsado por el pastor por medio de retenciones mensuales de su salario.

- Sufragar todos los gastos de transporte y manutención desde el puerto de entrada al lugar del trabajo y los de regreso.
- No cobrar al pastor ningún gasto adicional que no sean los consabidos.
- Un representante de la asociación visitará el lugar de trabajo, por lo menos una vez al mes, para asegurarse que la casa y la comida dadas por el patrono sean adecuadas.
- Proporcionar al pastor un entierro adecuado en caso de que este falleciera mientras durara el empleo (Estornés & Totoricagüena, 2012).

4.2. La realidad de los contratos

Esta asociación marcó un nuevo hito histórico entre los pastores vascos y, en teoría, con estos convenios, las condiciones de los pastores mejoraban esencialmente. No obstante, a pesar de los contratos, el cobro del sueldo no estaba totalmente garantizado; había que pelearlo duramente, como le tocó a Pedro Mari, que tuvo que defender con uñas y dientes con aquel patrón bearnés los 225 dólares que le correspondían durante su primer año.

Según rezaba el contrato, el pago se tenía que hacer cada mes; sin embargo, esto no siempre se cumplía y los pastores tampoco le daban demasiada importancia, no lo solían reclamar, como tampoco las vacaciones que tenían derecho a disfrutar. Solamente al final de año, al menos, sí que era costumbre abonarlo. Sin embargo, según relata Pedro Mari, el patrón bearnés no aparecía por el rancho y no había noticias suyas, ni se había realizado pago alguno. Llegó a sus oídos que pese al gran rancho que tenía, acababa de hacerse un chalet a todo lujo y que tenía serios problemas económicos y personales. El patrón, en su lugar, había dejado a su hermano de encargado. Ante la demanda de cobro de Pedro Mari, este le daba largas trayéndole alguna cajetilla de tabaco y algún bizcocho. Por otra parte, tuvo conocimiento de que si el patrón quebraba, solo había derecho a cobrar tres meses.

A esta situación había que sumarle los dos meses de trabajo intenso en la parición de las ovejas; tras estas jornadas maratónicas, un día el patrón bearnés le dijo que no le iba a pagar lo acordado. Pedro Mari, visiblemente enfadado, le contestó: «Si no me pagas, soy capaz de hacer cualquier cosa». Tuvo que plantarse seriamente y reclamar su sueldo de año y medio, ante la amenaza de irse. Finalmente el patrón cedió y le concedió lo prometido; ese fue el pago de tanto desvelo. Vemos que estos abusos se producían tras trabajar jornadas de sol a sol sin un minuto de descanso.

Sin embargo, no todos estaban de acuerdo con los contratos, ya que, excepto la ventaja del pago del viaje, les impedían desempeñar otros trabajos que no fuera el de pastor y tampoco velaban porque sus condiciones fueran buenas. José Azparren, pastor precedente de Bizkarreta, se oponía fuertemente a los contratos; recto y legal, abandonó la asociación. Y es que algunos propietarios tenían problemas para conseguir pastores por

su dureza y mal comportamiento, y no los conseguían si no era por medio de contratos. Al preguntarle el delegado del Gobierno por su oposición le dijo: «Soy vasco español y yo no quiero ver a mis compatriotas poco menos que esclavos, pues yo vine libre y no tengo problemas para tener pastores». Sin embargo, mayoritariamente, se impusieron los contratos.

Las resistencias por parte del Gobierno americano para abrir la emigración, según tenía entendido José Azparren, se basaban en que últimamente estaba entrando bastante gente de mal vivir, «gente trampa». Esto molestaba terriblemente a este esforzado pastor y luego propietario de rebaños. José defendía con vehemencia y les decía a los de la asociación que él les garantizaba que de la gente que venían para pastores no llegaría al dos por ciento los que salían «de mal vivir». Lo contaba con conocimiento de causa. Allí el ser vasco era «como tener una tarjeta de garantía, de persona honrada y trabajadora», añade Pedro Mari.

Fue precisamente por esta razón, ya que Pedro Mari empezó a trabajar con José Azparren, que desde las oficinas de la asociación lo buscaron intensamente, llamándole al hotel que regentaba su primo para que se presentara. Poco menos que si estuviera en «busca y captura», porque había dejado al patrón anterior y ahora estaba trabajando para él. Le advirtieron que no podía trabajar para nadie, y menos para un patrón que no estuviera en la asociación. José, enfadado, dijo: «Este vino con un traje prestado y ahora es el amo de la asociación, vente conmigo que no te pasará nada».

Por otra parte, de esos pastores que estaban con contrato, ninguno recibía pensión por ello, a pesar de que, como dice Pedro Mari, pagaban los impuestos para el subsidio de desempleo y tenían un número asignado de Seguridad Social, etc. Además, a pesar de que en los contratos aparecían las condiciones explicitadas, también se producían abusos en la retribución de los viajes. Sin duda, era necesario saber leer e interpretar los contratos y tener el valor de reclamarlos; no todos los pastores lo hacían y por eso se aprovechaban. En alguna ocasión Pedro Mari ya le advirtió a otro pastor de sus derechos, ya que estos le estaban siendo usurpados.

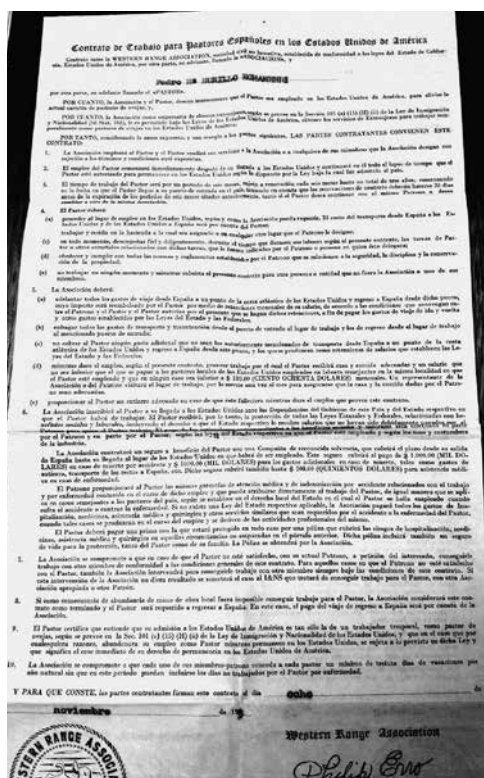


Figura 2. Copia del contrato entregado a Pedro Mari Murillo.

Estos abusos los concreta Pedro Mari: «A mi hermano le cobraron setecientos dólares por la ida [él no era de contrato] y al otro hermano, Martín José, el coste pasó de los mil dólares». Él lo reclamó en la Asociación de Patrones del Oeste y le contestaron que se lo enviarían a España. Como no lo hacían, cuando Pedro Mari regresó con un nuevo contrato, volvió a reclamar en la asociación. Al tiempo le contestaron con la copia de la carta, junto con el cheque de 433 dólares. Todavía lo conserva. «Lo que menos le interesaba a la asociación era tener problemas con el consulado español», añade.

Llegamos a la última parte de la generación de pastores de California. Aún en 1966 había 1283 pastores con contrato en la asociación. Sin embargo, con la mejora de las condiciones económicas en el País Vasco, a partir de 1970 se redució la forma de contratar a pastores, y entonces la asociación empezó a traer pastores de México y de Perú.

5. LA ESTANCIA EN CALIFORNIA

El primer año, cuenta Pedro Mari, fue el más duro. En la zona de Bakersfield la mayoría de los pastores iban al desierto de Mojave, acompañados del inseparable burro y de su fiel perro. El burro llevaba las provisiones, el catre, y la tienda de campaña: «Esta era la casa adecuada que decía el contrato», añade Pedro Mari con ironía. El perro, por su parte, era imprescindible para conducir el rebaño y como animal de compañía.

La historia de otros pastores resulta similar. Sin ir más lejos, la de su hermano Martín José que fue un mes más tarde. Viajó desde Bilbao con otro grupo de pastores, la mayoría del País Vasco, después volaron vía Madrid, Lisboa, las Azores y Nueva York. Pendiendo del cuello llevaban la tarjeta con sus datos y la ruta a seguir para no perderse en los aeropuertos. En Nueva York el grupo se dividió, cada uno iba a un destino diferente. A los cuatro días de su llegada, tras un paso breve por el hotel Santa Fe, ya estaba al mando de una partida de ovejas en Nevada, junto con otros dos pastores más, cada uno con su partida. Una la conducía Lucio Ilarregi; otra, Bautista Saralegi, y la tercera un vascofrancés. A los días el vascofrancés enfermó y Martín José ya estaba al mando de una partida, había que cruzar la sierra andando, unos veinte días de trayecto. Afortunadamente Bautista, que procedía de Lantz, lo trataba como a un hijo.

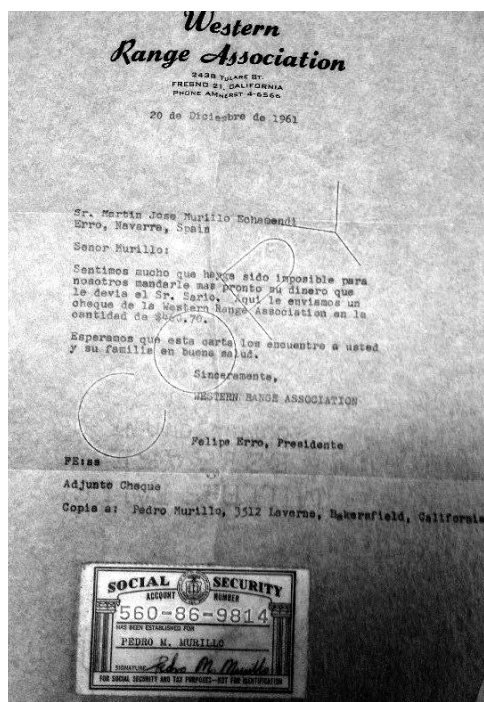


Figura 3. Copia de la carta donde le devolvían a su hermano el dinero cobrado injustamente y tarjeta de la Seguridad Social de Pedro Mari Murillo.

Ya situados en su destino, los pastores y sus rebaños estaban bastante alejados los unos de los otros, de modo que a las noches no tenían la oportunidad de reunirse entre ellos. El campo, con el catre, una estufa y la marmita para cocinar eran su única compañía. Allí, en el desierto de Fallon, apañaban la cama colocando los «chamizos», una planta que les protegía del suelo, y encima ponían el catre; eso les garantizaba no pasar frío. El clima, como en todos los desiertos, era extremo, oscilando entre el calor intenso durante el día, y el extremadamente frío en las temperaturas de la noche. El patrón los visitaba una vez a la semana para traer las provisiones. El rebaño superaba las dos mil ovejas y los lugares eran «escabrosos, con arbolado» y de «difícil acceso». La soledad le esperaba; varias millas a lo lejos había una reserva de indios, que tenían el terreno acotado. Su jefe apareció una vez y se comunicó amablemente con él en castellano. Posteriormente, Martín José pasó a la zona de California, donde todo fue más fácil y el aislamiento no era tan extremo.

Pedro Mari, por su parte, estaba en el desierto de Mojave. Este territorio ocupa una gran porción de California Sur y otras zonas más pequeñas de California Norte, suroeste de Utah, sur de Nevada y noroeste de Arizona, con un clima árido y desértico. Previamente al establecimiento de ranchos vascos en la zona sur de California, un número de vascos trabajó en las minas ubicadas en la zona norte de la región. Todavía en esa época quedaban algunos mineros que vivían dentro de las minas. Sin embargo, tal como afirman Douglass y Bilbao (1975, p. 279): «Los yacimientos de California atrajeron una variada porción de nacionalidades y de profesionales y la economía artificial de los campos mineros era poco segura».

Contaba Pedro Mari que un día, estando en el campo, se abrió una portezuela en el suelo y de ella salió con cierto aire bronco un minero que se alojaba allí. Todavía existían pueblos abandonados, pueblos que fueron de explotación de minas. Durante la primavera se solía bajar al valle de San Joaquín, el fértil valle que se extiende desde el delta de los ríos San Joaquín y Sacramento al norte de la sierra de Tehachapi, en el sur, y de varias sierras costeras de California. «El patrón le había vendido las ovejas a un novato bearnés, y este no sabía lo difícil que resultaba mantener al rebaño allí, entre dos pastores, por falta de agua». Condiciones duras y poco pasto. Estos eran los grandes retos: el pasto y el agua. Así lo relataba un pastor de Luzaide desde Nevada, en una carta encontrada en un caserío (Ibarra, 2012, p. 110). Escribía Bernardo Iroz, de casa Aunchaina de



Figura 4. Imagen de Pedro Mari Murillo en su camromato.

Luzaide, que se encontraba con 2459 ovejas en Eureka (California), en el año 1955: «Aquí otra vez tenemos año de sequía. Poca nieve, mucho frío y poco pasto; si no nieva, tendremos que trasladarnos otra vez»:

Hemen urte idorrain manera dugu berriz. Elur guti eta hotza frango. Ez badu egurric egiten fite gaki izain gira berriz. Dezentian [?] dira aim [?] ardiac. Bazka guti dugu eta 10 tunelada artu badut ekarria ardien.

5.1. La dureza del pastoreo y las enfermedades

En esta soledad y aislamiento, una enfermedad constituía un grave peligro; así, cuando los pastores estaban indispuestos se las tenían que arreglar como podían. Un día de primavera Pedro Mari se despertó con la cara y especialmente un ojo terriblemente inflamado. Aquel día le tocaba venir al campero, y cuando apareció le preguntó: «¿Qué te pasó, Pedro?». Él le contestó que no sabía, pero que se sentía muy mal; no obstante, el campero dejó allí las provisiones y se fue. Pedro Mari pasó todo el día en la carpa, en malísimas condiciones, pero nadie apareció. Así permaneció abandonado a su suerte y en la más completa soledad, solo acompañado por su fiel perro, que se había dado cuenta de la situación y lloraba a los pies del catre. «Sí, lloraba con un aullido débil», relata emocionado.

Es probable que fuera una picadura de escorpión, ya que le dejó dos marcas en el ojo y un fortísimo escozor en los testículos que no le dejaba sosiego. Para calmarlo, se aplicó lo único que tenía allí parecido a una crema: leche en polvo, eso aumentó el escozor y para evitarlo gastó los veinte litros de agua que tenía para los animales y para él.

Tras estas peripecias, a los dos días apareció el campero con las provisiones y, con enorme descaro, le espetó: «Qué, ¿no te has muerto?». Pedro Mari, muy serio, le dijo: «Si al menos fuera por ti, así habría sido». También le ocurrió que, cierto día, su compañero Martín Villanueva, de Lintzoain, amaneció con grandes dolores. Pedro Mari, asustado por verlo así, se puso en marcha en busca de ayuda. Tuvo que caminar entre diez y quince kilómetros para pedir ayuda al campero, que lo recogió y se lo llevó al hospital. Al parecer se trataba de un cólico al riñón, si bien, pasada una semana, ya se encontraba otra vez de vuelta con el rebaño.

Otra zona de pastos que frecuentaban era la zona situada cerca de Fresno. Esta resultaba más humana para los pastores, «mejores caravanas, con frigorífico y buenos faroles, no se iba al desierto ni a la sierra y lo del *paque burro* no existía», añade literalmente. Por otra parte, en esta zona había más pastores del valle de Erro y alrededores y estaban más en contacto con la civilización. Allí, en una zona muy extensa y variada, permaneció más de cinco años desempeñando todo tipo de labores, de campero entre otras.

En esa zona se hacía la parición de las ovejas, cerca de Fresno, después se trasladaban los rebaños en camiones al oeste de Bakersfield (Lost Hills) y de allí, hacia el final de primavera los llevaban a Carrizo, en dos o tres días de camino. Este era un lugar

costero, mucho más fresco, ideal para pasar el verano y, por tanto, había que hacer muchas millas en camión, cargar los remolques y tanques de agua... Un día la Policía abordó a Pedro Mari, que carecía de carnet de conducir; le puso una pequeña sanción y, haciendo gala del pragmatismo americano, la condición de que en quince días tenía que tener el permiso en regla. Se hizo con los cuestionarios en castellano y, con unas pequeñas prácticas en el pueblo, la víspera de presentarse ante el juez, en un par de horas consiguió el carnet.

En esta época, al anochecer, una vez terminada la cena, se hacía un fuego de campamento bajo los árboles. Se hablaba de los pueblos y de sus gentes y aunque trabajaban desde el amanecer, en los corrales hasta la hora de la siesta, se paraban a menudo entre el torbellino del polvo para apoyarse en una cerca y echar hacia atrás sus sombreros mojados de sudor y charlar. Se hablaba de la gente de la tierra, del trabajo de los pastos, de los problemas con los burros y del trato con los camperos, porque como dice Laxalt (2000, p. 89): «lo importante que era el modo de tratarlos, porque eran vascos y su orgullo era su ardiente escudo, y no toleraban insultos de ningún hombre». También era el momento de intercambiarse fotos de hermanas, o de chicas del pueblo. Precisamente, a partir de ver una foto de su hermana Ascensión, Pedro Mari Zalba, pastor y luego empresario de Bizkarreta, inició una relación con ella que finalizó en matrimonio y, en este caso, se quedaron a vivir en California.

5.2. La soledad

En la zona de Bakersfield, la más dura, Pedro Mari relata cómo iban a la sierra en la más completa soledad. Solo cada cinco días veían a alguien, cuando el campero les traía las provisiones; las noches solo eran rotas por los aullidos de los coyotes, que ponían nerviosos a los perros. Así que, añade Pedro Mari: «en aquellos tiempos no se hablaba de la palabra *depresión*, pero sí las había, y eran gordas». Recuerda que tenía cierta amistad con un pastor de Arizkun; una vez que coincidieron lo encontró muy desmejorado, según él tenía problemas con el estómago. Pedro Mari le aconsejó seriamente que volviera a su tierra, pues allí si no tenía salud, no había nada que hacer. Cuando el médico le examinó, determinó que no padecía nada de estómago, que podía comer todo lo que quisiera, el problema se había solucionado. Todo lo que tenía era angustia y depresión ¡Qué abrazo se dieron en la fiesta de los pastores, cuando se reencontraron años más tarde!

Cierta vez, estando en el desierto, el calor era insoportable y le resultaba imposible dormir, la caravana era un horno y los mosquitos le acribillaba; estando en esas circunstancias apareció el patrón con un americano a visitarles y, al verle tan desfigurado, le dijo: «You fait last night?». Para colmo, le sobrevino una descomposición imposible de cortar, así que le dijo al campero que no podía seguir allí. Le contestó que iba a consultarlo y cambiarle de alimentación; cuando le trajo otro tipo de comida, empezó a remitir la situación. Tras estos acontecimientos, el patrón empezó a temer que Pedro Mari abandonara su trabajo y le dejara plantado.

Otras veces había que afrontar el frío extremo. En Nevada este era más peliagudo, son muchos los relatos de pastores que se salvaron del frío gracias a cobijarse entre el

calor de las ovejas (Eitb, 2013), o los que contaban que hacían un agujero en la nieve y dormían allí, o pastores del valle que estuvieron a punto de morir tras una grave pulmonía contraída al desorientarse y no saber volver al campo (el caso de Presto, de Erro). Así recogen en los periódicos de Nevada (Douglass & Bilbao, 1975, p. 340):

Muertos por congelación, amontonados sobre ellos la implacable nieve yacen dos hombres en el desierto, cerca del monte Donnelly [...]. Rodeándoles están sus perros fieles, los animales de carga y tres mil ovejas, todas ellas víctimas del intenso frío que ha sido dominante durante las semanas pasadas al norte del país. Parece que sobrevino una tormenta cuando se hallaban lejos del forraje y cayeron dos pies de nieve que provocaron el que las ovejas se apretaron unas contra otras y perecieran, mientras que los pastores y sus fieles animales permanecieron en su puesto y perecieron durante la ventisca que siguió.

Por otra parte, había que hacer frente a las alimañas del desierto: coyotes, serpientes cascabeles, mosquitos, escorpiones, tarántulas... La serpiente cascabel era muy temida por los pastores, se movían lentamente, dejando en el suelo un rastro sinuoso; se acercaban con lentitud y mordían a las ovejas, y si el pastor no llegaba a tiempo para sajarles la herida, morían. Cuando conseguían matarlas, los pastores tenían la costumbre de hacerse un llavero con el cascabel que mostraban después orgullosos, a modo de trofeo. También las tarántulas eran temidas. Otras veces animales más fieros y grandes, ¿una especie de pumas?, les mordían y dejaban el rebaño desperdigado. Por eso, la primera tarea de Pedro Mari era, nada más levantarse, dar una vuelta por la majada para comprobar si las ovejas estaban bien.

Otros elementos para paliar la soledad fueron el radio y el periódico *Soud Oest*, que resultaron de gran ayuda en momentos clave. Como señala un pastor, mataban el tiempo como podían y una de las cosas que hacían era tallar en los árboles imágenes y frases (Civantos, 2011), que allí han quedado como testimonio de su paso. Es en ese lugar donde la historia y las huellas de sus vidas se encuentran talladas en los troncos de hayas, abedules y álamos, en todo el oeste norteamericano. Las frases hablaban de recuerdos de su tierra, de mensajes a otros pastores, de política, de amor... La mayoría están escritas en euskera y algunas en castellano.

Sin duda, las cartas recibidas y las enviadas fueron también un elemento imprescindible para paliar la soledad. Un estudio de las cartas de inmigrantes, que sirvieron incluso como pruebas documentales en pleitos judiciales, ha sido llevado a cabo por José María Usunáriz (1992, p. 13). Este autor investigó la correspondencia de los indianos, en la que no están ausentes el desencanto y la desdicha, ya que era habitual la recepción de noticias de padres o parientes fallecidos. También la noticia del casamiento de la prometida llegaba de esa manera, como le sucedió al amigo de Pedro Mari, que acabó en trágicas consecuencias. También eran normales las peticiones de dinero al indiano ausente, al que se considera acaudalado. Así Juan José Ganuza, vecino de Mués, se queja amargamente: «Todos no tenéis más afán que es el pedir, y no os doléis de los trabajos que aquí se pasan [...]». Particularmente emotivas resultan las cartas íntimas en las que expresan a la prometida el deseo de volver cuanto antes para contraer matrimonio o

animan a la esposa, que espera impaciente el regreso de su marido. En el prólogo del libro de Usunáriz (1992, p. 12) se reproduce algún párrafo como el de Miguel de Alca-yaga, a punto de embarcarse en el puerto de Santa María, a su prometida Teresa de Miner. «Chiqui, querida de mi alma [...]. Si pudiera dar mi alma oy, como a este corazón, qué consuelo fuera para mí este día feliz».

Como es de suponer, en este contexto, no todos los pastores sabían escribir, así que Pedro Mari era el encargado de la redacción de las cartas para las novias de algunos compañeros. Allí estaba un buen amigo baztanés que era analfabeto, y le traía las cartas de la novia para que las contestase. Pedro Mari le preguntaba: «¿Qué le pongo?». El baztanés contestaba: «Lo que se te venga a la cabeza». Y Pedro Mari le replicaba: «¡Qué cojonudo eres!». Entre bromas intentaba intuir lo que su compañero sentía y lo plasmaba en el papel. Estas cartas tendrían hoy un evidente interés.

Para las parejas de novios, sin duda, las cartas eran sumamente importantes. Relata una mujer en Baztan cómo su novio, que estaba de pastor, le escribía todas las semanas, y en contra de la creencia de que los vascos son parcos en palabras, era muy expresivo y le decía «maite zaitut» repetidamente. Ella las leía con fruición repetidas veces, hasta casi aprendérselas de memoria... (Eitb, 2013). Lo mismo hacían los pastores. Sin embargo, las cartas que recibían Pedro Mari y Martín José, escritas con todo cariño por su madre Julia, eran portadoras a menudo de malas noticias, de fallecimientos en el pueblo y en el valle. Un pastor de Nevada narraba cómo tenía un compañero que recibía a menudo las cartas de sus hijos; los críos, como era habitual con los indianos, le rogaban repetidamente que les comprara juguetes, una bici, etc. El pastor no tenía nada ahorrado y estaba siempre embriagado. Así que un día, incapaz de vivir con ese peso, lo encontraron ahorcado (Eitb, 2013).

Cuenta Pedro Mari cómo la soledad era su mayor enemigo. Por medio de una simple carta se enteró de la noticia de la muerte de una hermana y del ingreso hospitalario de otra, en grave situación. Durante tres meses no volvió a recibir ninguna noticia más; la tristeza y la angustia le atenazaban. Un día otro pastor de su mismo pueblo, de casa Marmaon, le dio el pésame de su hermana y entonces tuvo constancia de que desde casa no le dejaban de escribir. Fue entonces cuando reclamó al patrón sus cartas; a los días el bearnés, con actitud displicente, le entregó unas cinco cartas, poniendo como excusa que estaban en un buzón que ya no miraba.

Abrumado por el aislamiento y las malas noticias, decidió pasar un día en compañía. Quería celebrar el día de Pascua con alguien, por eso fue a buscar a Martín Villanueva, el pastor de Lintzoain. Ese día emprendió una larga caminata con el burro. Le colocó el baste, con harta paciencia, el burro no era como el caballo de su infancia, y caminó durante largas horas hasta donde creía estaba su compañero, ató el burro a una palmera y escudriñó en el horizonte, miró con detenimiento en los alrededores, pero Martín no estaba. Toda una jornada a pie se frustró, la tienda de su compañero debía de estar colocada entre los peñascos y Pedro Mari no la pudo encontrar; de nuevo, la soledad le esperaba en su camastro.

Muchas veces estos pastores perdieron la cordura, tal era la incomunicación de las montañas; *basque crazy* o *aovejado* se les llamaba a los que habían pasado demasiado tiempo con las ovejas. Otros acabaron con su vida debido a un desengaño amoroso o por las penosas condiciones de vida. Las noticias de sus muertes eran atribuidas a causas fortuitas, por accidentes, mientras limpiaban su arma o por escapes de gas en el «campo», eran siempre misterios contados a fragmentos en las cartas. En los años sesenta se contabilizan seis muertes accidentales de jóvenes en el valle. Asimismo, la imagen de pastores que vivían medio alcoholizados en los hoteles vascos y que guardaban un hosco y melancólico silencio mientras bebían, tampoco es ajena.

Historias de soledad y desamor. Como la de Juanes, gran amigo vascofrancés de Pedro Mari. Antes de su partida a California había tenido una novia, pero habían roto la relación por culpa de un familiar de ella. Juanes decía: «Yo sé que, si quiero, podemos seguir de nuevo nuestra relación... y no la puedo olvidar». Eran buenos amigos, y el día de Nochevieja lo celebraron en Fresno. Allí le dijo: «¿Sabes, Pedro Mari? en un par de meses me voy a Francia a casarme, con aquella novia de la que te he hablado». Estaba realmente ilusionado y contento y Pedro Mari compartía su ilusión. Pero..., nadie podía imaginar en aquel momento la tragedia que se le cernía encima. Un día Juanes recibió dos cartas; su patrón notó que algo raro le pasaba, y al preguntarle le contestó: «Esto lo voy a arreglar muy pronto». Y lo arregló de la manera más expeditiva, disparándose un tiro; quedó malherido y con la cara terriblemente desfigurada. Durante algún tiempo Pedro Mari supo que se alojaba en una residencia cerca de Fresno, pero no tuvo valor para visitarle. Fue algo muy duro, relata, ¡pobre Juanes!, luego se enteró de su fallecimiento. Descanse en paz.

5.3. Algunas experiencias duras

Así, con pesadumbre, lo resumía un pastor que fue a Elko (Nevada):

Gure urte obenak pasa dugu hortxe lau hankakoen atzetik, ardi zikin hauen atzetik... ta beste batzuk zoratu euren buruk hil» (Basques in USA, 2016).

«Los mejores años de nuestra vida los hemos pasado detrás de esas de cuatro patas. A cuánta gente se le ha pasado la vida detrás de estas condenadas, y otros se volvieron locos y perdieron la cabeza».

En este reportaje se relatan otras situaciones parecidas donde se muestran experiencias que articulan historias de superación y desarraigo; también lo es esta experiencia de superación de un joven pastor.

Cuenta Pedro Mari cómo, un año que había llovido bastante, en primavera proliferaban entre los pastos las llamadas en inglés *tumbleweed*, denominadas también «nubes del desierto», que formaban una especie de bolas rodantes. Era el 14 de febrero, el día de su cumpleaños, cumplía veinte y esto no se le olvidará nunca. Aquella mañana le habían traído, en dos camiones, unas ciento cincuenta ovejas más a su rebaño. A lo lejos,

en el cielo, observó una especie de faja negra; extrañado preguntó qué era aquello y le contestaron que era una tormenta de viento, que tuviera cuidado porque si llegaba «la podía armar». Pedro Mari recogió las ovejas y las puso bien agrupadas en un corral. Con los dos perros que tenía, las iba controlando con bastante dificultad. El viento era tan fuerte que las «bolas» pasaban por encima de ellas y asustadas *marraqueaban* como enloquecidas. De repente, alguna de ellas saltó tras las bolas; Pedro Mari lanzó a su perro y este corrió rodeándolas para agruparlas con las demás. En ese momento, todas las ovejas salieron disparadas tras las malditas bolas. Intentó pararlas con los perros, pero resultaba imposible, iban como locas. Pedro Mari salió corriendo tras ellas, pero las ovejas se espantaban cada vez más y se desperdigaban a lo largo del terreno. Pedro Mari corrió y corrió en vano. Agotado, él, que se consideraba un buen pastor, se sentía totalmente fracasado, hundido y agotado.

En medio de ese desastre y desesperación, una luz se abrió en su camino. El correr no servía para nada, se detuvo y rezó tres avemarías a la Virgen de Roncesvalles; aquello le serenó y estuvo un rato sentado replanteando su situación. Temía que el patrón lo despidiera, con razón, pensaba él. Había perdido todo el rebaño y por aquellos alrededores nadie le daría trabajo. «Pues me iré a otro Estado», pensaba, donde nadie le conociera. ¿Y si hasta allí llegaba también la onda de su mal hacer?, ¿y si le cerraran las puertas también en otros lugares? Entonces se vendría para casa, pues en su tierra tenía una familia que le quería de verdad.

Cuando acabó la tormenta, siguió hacia donde habían ido las ovejas y al primero que encontró fue a un baztanés que tenía –junto con otro hermano– ovejas propias; habían recogido las ovejas de Pedro Mari en un corral y se habían salvado. El del Baztan, al verlo tan joven, le dijo: «¡Esto es América, eh!». Aquella tarde recogió una cuarta parte del ganado y lo reunió con las que tenía otro pastor de Irurita, con el que pasó la noche; a la mañana siguiente todavía pudo recoger alguna oveja desperdigada. A lo lejos, vio que se acercaba un coche hacia él; era el patrón. A medida que se acercaba el bearnés, lo miró con una medio sonrisa que le tranquilizó. Lo primero que preguntó el patrón fue qué había pasado con Manex, el otro pastor mayor. Pedro Mari le contestó que estaba allí tumbado y borracho en el campo, sin rastro de las ovejas. «Tú, por lo menos, ya tienes una cuadrilla», le dijo el dueño del rebaño. Por lo visto, bastantes pastores habían sufrido una situación como la suya.

Durante tres días estuvieron recogiendo el rebaño. Hacían corrales portátiles en diferentes sitios y Pedro Mari y los demás pastores acarreaban las ovejas de un lado para otro. Muchas de ellas se habían precipitado a una mina abierta con un pronunciado desnivel; habían caído despeñadas y todavía se les oía *marraquear*. Él se ofreció a descolgarse con una cuerda y de esa manera consiguieron sacar alguna, pero resultaba muy peligroso, por lo que decidieron traer un camión con pala para rescatar al resto.

Mientras tanto, Manex permanecía borracho en su camastro. Un día, Pedro Mari decidió aguar el vino para cortar su afición a la bebida. Manex le preguntó: «¿Qué le has hecho a este vino?». «Bautizarlo», contestó su compañero. «Sí, así tendría que

beberlo siempre», respondió Manex. Finalmente, su querido amigo, que había tenido algunas palabras con el patrón, decidió irse a Colorado; allí tenía un hermano con rancho y ovejas y ya no volvió a saber nada más de él. «Era una buena persona», añade.

Los peores meses de su vida Pedro Mari los pasó en un pequeño valle llamado Coachella, en el condado de Riverside, formado por cuatro pequeños pueblos: Mecca, Yndio, Thermal y Coachella. Mientras el patrón buscaba a otro suplente, Pedro Mari tuvo que realizar en solitario las tareas de la parición, un trabajo sin duda intensivo. El calor era asfixiante y los corderos recién nacidos, si no eran amamantados pronto, se morían. Para colmo, la mosca ponía los huevos en las mucosidades, en ojos, ombligo, etc. «Era una locura», relata textualmente. Trabajaba día y noche sin apenas dormir, devorado por un enorme y complicado trabajo. Cuando llegó su suplente, Pedro Mari le advirtió: «No sabes a dónde vas a venir».

Como ya hemos señalado, tras estas penalidades, el bearnés intentó no pagarle lo prometido. Pedro Mari tuvo que amenazarlo y finalmente consiguió cobrar. En muchos casos, la fe en la Virgen de Orreaga resultó de gran ayuda, sobre todo en esos momentos en los que las cosas no iban bien. Por esta razón ya se lo tiene dicho a su mujer, el día de su funeral quiere que se entone la tradicional Salve a la Virgen, la melodía que en las procesiones cantan los romeros del valle cuando entran a la iglesia de Roncesvalles.

5.4. El uso de armas

La posesión de armas en el Oeste americano era una constante. Es algo que está en el imaginario colectivo y la realidad no dista mucho de lo que se ve en las películas del «salvaje oeste». Los pastores de los primeros años se encontraron con una sociedad «de frontera», que se desarrolló en un contexto de gran violencia, mientras muchos estados aún estaban en proceso de creación y casi en una completa ausencia de la ley. Por estos motivos, se producían conflictos constantes. Las «trifulcas» entre ganaderos por el uso de los pastos de las «tierras públicas» fueron relativamente habituales, con una competencia especialmente enconada entre vaqueros, todo un icono de ese «lejano oeste», y ovejeros, muchos de ellos de origen vasco.

El rifle era útil en parte para defenderse de los coyotes, pero también se utilizaba para solventar los problemas con los rancheros que no querían que pastaran allí. Tradicionalmente pastores y vaqueros peleaban por ocupar los pocos lugares donde había agua y buen pasto. Las rencillas entre ellos, o con sus mismos rancheros por las malas condiciones, derivaron en más de una ocasión en el uso de las armas.

Laxalt (2000, p. 105) relata conflictos y muertes entre vaqueros y pastores que se enfrentaban por los pastos y en los que el uso del rifle era moneda común. Las escenas de las películas del Oeste eran reales hasta la generación anterior. Los ajustes de cuentas y la presencia del sheriff las narra Laxalt en situaciones vividas por su padre Dominique, un pastor de Zuberoa nacido a finales del siglo XIX.

Tampoco faltaron las reyertas con la población autóctona. La más sonada de estas sucedió en 1911 cuando, según recuerda Saitua (2019), cuatro pastores, tres de ellos de origen vasco, fueron asesinados por los indígenas en un episodio que motivó la denominada «batalla de Kelley Creek», considerada la última guerra india del Oeste.

Douglass y Bilbao recogen otros enfrentamientos entre rancheros y ovejeros:

En la década de 1930 dos jóvenes ovejeros vascos itinerantes trasladaron sus rebaños cerca de una pequeña población de Utah y tomaron en arriendo tierras para el cultivo del heno que anteriormente habían sido alquiladas a un rancho de ganado vacuno de la localidad. El rancho se puso furioso y se dirigió a la ciudad amenazando con disparar contra los «griegos» (las empresas ovinas griegas habían llegado a la región un poco antes). Aquella noche el granjero embriagado avanzó por el campamento con un rifle. Al apuntar a uno de los vascos, el hijo del rancho le disparó por la espalda. La bala atravesó al rancho y también al ovejero, matándoles a los dos al instante (Douglass & Bilbao, 1975, p. 343).

La dureza del entorno natural y la rivalidad entre los granjeros establecidos y los itinerantes hizo que se desarrollara un juego de picardías y de rivalidad. El periódico *Nevada Sgstate Herald* informaba de la adopción de medidas directas contra el pastor itinerante y daba cuenta de los pastores armados que visitaban los ranchos de ovejas disparando y robando caballos (Douglass & Bilbao, 1975, p. 342). A veces el propio pastor se convertía en el blanco de la violencia.

Cuenta Pedro Mari que en ocasiones se peleaban entre los pastores. Había algunos broncos que bebían el galón de vino como si fuera agua y luego se envalentonaban, así que fácilmente se apostaban junto a unas piedras en tono amenazante. Según decía un baztanés: «Nik fite kargatuko dut twenty two», el rifle denominado de esa manera. Por lo tanto, «¡había que andarse listo!».

6. LOS HOTELES Y LOS CLUBS VASCOS

Durante todos estos años hubo varios clubs que se organizaron para perpetuar la cultura vasca. La participación de generaciones jóvenes era un factor importante para el futuro del club. Las actividades de este se centraban en campeonatos de mus, pelota y pala, danzas, picnics y festivales anuales. En el condado de Kern (California) hay que señalar el Kern County Basque Club:

Se fundó en 1944 y fue por ello considerado el más antiguo de California [...]. El festival era probablemente el mayor de cuantos se celebraban en California. El grupo local de danzas era el *Dantzari Gazteak*, compuesto por un total de entre veinte y treinta adolescentes y jóvenes. El club admitía como miembros, aunque no de pleno derecho, a no-vascos y se consideraba que el gran éxito del club era debido a esta política de puertas abiertas (Estornés & Totoricagüena, 2019).

En Bakersfield, Noriega's era el restaurante vasco más antiguo –fundado en 1893– y uno de los más antiguos de California. Pyrénées Café se inauguró en 1935 y continuaba a primeros del siglo XXI en manos de la misma familia vasca (Estornés & Totoricagüena, 2019). La tradición de regentar hoteles estaba asentada. En el entorno de Pedro Mari, su primo Cecilio Echamendi, de casa Pascal de Esnotz, regentaba un hotel con otro socio.

Por otra parte, en Fresno (California) hubo una asociación de productores de lana que comenzó a organizar encuentros anuales en la década de 1930, siendo este evento conocido como el *picnic* de los ovejeros, *sheepmen's picnic*. En los años cincuenta atraía a casi dos mil personas. A comienzos del siglo XXI la asistencia estaba limitada por problemas de infraestructura y asistían entre unas ochocientas y novecientas personas.

6.1. Baile y fiestas

En la emigración se dan procesos de construcción social en los que se producen, difunden, mantienen y modifican las dimensiones de identidad individuales y colectivas. En este sentido, entre los elementos que se detectan en la mayoría de situaciones es la necesidad de establecer un rol para minimizar los efectos de la emigración. Por eso, el gran número de clubs vascos que se fundaron por todo el sur de California ayudaron a mantener su identidad étnica durante todo este tiempo.

Las fiestas –los *pequenik*, como decían ellos– que se celebraban todos los años en Bakersfield, consistían en un almuerzo con frijoles, seguido de carne de cordero o novillo asado, todo muy abundante. Al atardecer se acababa la fiesta en el parque y seguía el baile en el frontón del Hotel Noriega. No todos los años podía acudir Pedro Mari; de los cinco que estuvo en la zona de Bakersfield, solamente pudo participar en dos de ellas.

Por otra parte, en aquel tiempo en Estados Unidos las costumbres eran más liberales; el divorcio era algo habitual, las costumbres en el baile, donde jóvenes y mayores se desenvolvían con soltura, también sorprendían a los que iban de aquí. Pedro Mari hizo amistad con un par de familias de allí, que se quedaban asombradas de la vida que hacían en América, solos y sin esposa. Ellos, sin embargo, habían contraído matrimonio muy jóvenes, y para los cuarenta ya tenían hijos adolescentes. También el abandono de los mayores que se quedaban solos lejos del núcleo familiar era algo que le extrañaba a Pedro Mari, esta circunstancia la comparaba con el apego y la querencia a su querido apitxi, que vivía rodeado de la familia. Todo esto suponía un choque cultural notable que no convencía a ciertos jóvenes. Hubo algunos intentos de entablar relación con alguna chica de allí; pero el desconocimiento del inglés y el escaso interés de Pedro Mari, que siempre tenía la mirada en Erro, hicieron que las relaciones no fructificaran.

De aquella lejana tierra a Pedro Mari le gustaba el nivel de vida, los adelantos en la agricultura, la maquinaria..., pero la añoranza de su lugar de nacimiento no se vencía con nada. Este extrañamiento no se circunscribe solamente a los seres queridos, como representantes del núcleo de relaciones, sino que es extensible a otras relaciones afectivas, a la

gastronomía, etc. Según relataba una y otra vez: «¡Qué mal lo pasé en aquella soledad!», especialmente cuando se dieron circunstancias como el fallecimiento de seres queridos.

6.2. Los hoteles vascos

Mientras trabajaban en las haciendas, los pastores se alojaban en unos hoteles que comenzaron a abrir otros inmigrantes de origen vasco –algunos de ellos aún operativos en la actualidad– que se convirtieron en verdaderos puntos de encuentro y amparo social para estos pastores, alejados de su familia, en un país extraño y con un idioma que no dominaban.

Algunos de estos hoteles empezaron a recibir también a clientes de diferentes orígenes y llegaron a funcionar de una forma similar a los «salones del oeste», contribuyendo a que los vascos fueran más fácilmente admitidos en la sociedad americana. Una integración a la que también ayudó su participación en la iglesia y en las comunidades católicas que comenzaron a desarrollarse, teniendo en cuenta que la religión tuvo «un papel muy importante» como forma de organizar aquellas sociedades de frontera tan «inestables» y «desordenadas» (Saitua, 2019).

Los Hoteles vascos fueron y seguían siendo, a comienzos del siglo XXI, una institución muy importante para los inmigrantes en América y San Francisco. Los vascos utilizaban los hoteles, bares y restaurantes como lugares de encuentro. En estos lugares la decoración y el ambiente era totalmente vasco, y asimismo trataban de mantener vivas la identidad, la cultura y las tradiciones (Estornés & Totoricagüena, 2019).

Por esa razón muchos pastores al llegar daban como referencia la dirección de un hotel «Dio como referencia la de J. Bidegaray. Hotel vascongado» (Basques in USA: Amerikanuak, 2016).

En estos días de descanso hablaban de cómo les había ido a sus rebaños, sobre dónde había pastos de buena calidad, etc. Gran parte de la conversación estaba dedicada a los perros, esos perros que permanecían a sus pies cuando estaban enfermos, que guiaban a las ovejas, que les avisaban de los peligros y que se disputaban dormir junto a su cabecera. También charlaban sobre los innumerables problemas con los burros, que se negaban a andar en los momentos más complicados. Se hablaba de los pueblos y de su gente, se cantaban canciones melancólicas de su tierra. La soledad de las montañas quedaba atrás y en ese momento podían reunirse, pero en pocos días eso también pasaba y se encontraban dirigiéndose otra vez solos a las altas praderas.

No podemos pasar por alto el papel decisivo que desempeñaban las mujeres en las pensiones y hoteles vascos. Ejercían de cocineras, regentaban hoteles y pensiones a lo largo del Oeste americano. Ellas hacían una gran labor de acogida, así como de minimización del impacto cultural de la emigración; muchas veces eran los puntos de referencia que daban los pastores, eran el lugar de recogimiento para los pastores enfermos, eran las *etxeoandres* y hasta las enfermeras. Echeverría (1999, p. 20) recopila la red de pensiones y hoteles regentados por vascos en todo el Oeste americano.

7. EL REGRESO

El proceso migratorio no había finalizado con la llegada al destino elegido. La idea del retorno ha estado siempre presente después de dar el salto al continente americano. Esta idea aparece con claridad en las cartas y en la mente de muchos que emigraron y que en gran proporción regresaron. Por otra parte, la figura del indiano rico que venía para casarse resultaba muy familiar. Los jóvenes que estaban en América regresaban con el atuendo típico; vestidos con vaqueros, botas puntiagudas y sombrero vaquero eran fácilmente reconocibles.

El retorno no siempre se produjo tras el éxito o, como se suele denominar, «hacer las Américas». Hubo también casos en los que los familiares reclamaban la vuelta del emigrante para que se hiciera cargo de la hacienda. La modalidad de retorno que estaba extendida era la de los valles pirenaicos que emigraron a Estados Unidos y a Canadá. Por ejemplo, tal como recoge Etxegoien (2010, p. 77) en el estudio sobre Orotz-Betelu redactado en 1916 por Leoncio Urabayen, los jóvenes de entre quince y veinte años que marcharon a Estados Unidos regresaban entre los 36 y 40 años, y durante su periodo de estancia en América enviaban remesas de dinero a su casa. «Familias enteras se marchaban de este pueblo y así puede decirse hoy que la mayoría de los *etxejojaunas* de este pueblo han estado en América».

Así, durante la década de los setenta, se dio el fin de la emigración a causa de los sueldos competitivos del País Vasco, una reducción de la demanda de pastores en los Estados Unidos y la llegada de trabajadores más baratos procedentes de Sudamérica. De alguna manera, el ciclo de la emigración vasca a América se cierra en los setenta, cuando el contexto mundial de la lana y la carne cambian rápidamente, al igual que la situación económica y financiera. Por ello, no fueron pocos los emigrantes que derrotados por la soledad, la vejez o el fracaso económico fueron incapaces de adaptarse al nuevo país. No lograron acoplarse a su nueva realidad y tampoco consiguieron regresar a su tierra prometida porque las adversidades sufridas hacían físicamente imposible ese retorno.

Como decíamos, muchos pastores renunciaron a su regreso, algunos porque hicieron negocio y decidieron establecerse allí definitivamente. Laxalt (2000, p. 95) relata varios casos de pastores que habían renunciado a sus sueños: hombres que habían gastado todos los ahorros en borracheras y prostíbulos; pastores que nunca disfrutaron de los quince días de vacaciones y patronos que se arruinaron y no pagaron los ahorros de veinte años de sus pastores. Finalmente relata el caso de otro pastor que ahorró todo durante veinte años en un banco, más tarde llegó el descalabro económico y allí lo perdió todo. Después intentó guardar sus ahorros en una maleta; pero cuando llegó a San Francisco para hacer los trámites, un hombre lo emborrachó y le robó la maleta. Todos ellos renunciaron al regreso.

Pedro Mari regresó en el año 1968. El objetivo se había cumplido, había conseguido ahorrar un dinero y una experiencia y, según relataba, ya tenía veintiséis años y una novia que le esperaba. Su padre había fallecido en su ausencia y eso le había dolido

enormemente; también esa pena la tuvo que sobrellevar en soledad. En este último viaje volvió con su madre que había ido a pasar una temporada con él y su hermana, ya instalada en Fresno y que había contraído matrimonio con un valderrano. La lejanía de los suyos era algo que le pesaba enormemente a Pedro Mari; a pesar de tener a su hermana y a su madre cerca, fue su etapa más dura en América. Por otra parte, la conciencia de la dureza de su trabajo y la frialdad en el trato de algunos patrones, como el bearnés, hicieron que se desengañara cada vez más.

Ahora bien, no todos los que fueron de pastores, sobre todo a California y Nevada, regresaron. Quienes pudieron cambiar de oficio (hostelería, lecherías, panaderías, etc.) o se independizaron con su propio rebaño de ganado, optaron por quedarse. En estos casos han mantenido ciertas prácticas privadas y familiares, como los matrimonios entre gentes de esta tierra y las relaciones de parentesco. Según Imízcoz (1992) en 1917 de cuarenta varones establecidos en California, tres permanecían solteros y, del resto, veintisiete contrajeron matrimonio con navarras y siete con bajonavarras.

Fue en uno de estos viajes, en el aeropuerto de Los Ángeles, donde Pedro Mari contempló una escena que le impactó, era la despedida de un grupo de soldados que se dirigían a la guerra de Vietnam. Las despedidas eternas abrazados a las novias y a las madres, entre llantos desgarrados, no se le olvidaron fácilmente. Al fin y al cabo, la idea de una despedida definitiva y de una pérdida total no estaba lejana en su imaginario.

Al regresar a Erro encontró todo muy cambiado. Habían desaparecido las caballerías de las casas, se había producido una diáspora hacia las ciudades y los pueblos se habían vaciado. En resumidas cuentas, había tenido lugar la transformación del desarrollo industrial y el abandono de los pueblos.

8. A MODO DE CONCLUSIÓN

Para finalizar, nada mejor que unas palabras literales de Pedro Mari que resumen aquella etapa:

Fuimos un colectivo fácil de gestionar, no conflictivo... Teníamos un prestigio social como trabajadores sacrificados y honrados y eso nadie nos lo podrá quitar. Lo digo con orgullo y firmeza, por todos los que un día nos fuimos al Oeste.

La historia de Pedro Mari ejemplifica la emigración a California de cientos de valderranos que fueron a trabajar como pastores al Oeste americano. Situada en la década de los años cincuenta, cuando se iniciaron los contratos, fue la última etapa de emigración, en este caso en la modalidad de retorno. La dureza de las condiciones de trabajo no arredró a estos pastores; con enormes sacrificios contribuyeron a mejorar la economía de sus familias y allí dejaron una huella de honestidad y laboriosidad que contribuye a engrandecer el recuerdo de los vascos en esas tierras.

Nuestro protagonista había cumplido su sueño, no sin esfuerzo, y todavía era joven como para emprender otra etapa de la vida bien fructífera. A su regreso, constató cómo se había producido una diáspora hacia las ciudades y se había afianzado la transformación del desarrollo industrial y el abandono de los pueblos; sin embargo, él volvió a trabajar con su ganado y todavía continúa en esta labor. Con más de ochenta años recorre con destreza y agilidad los altos de Sorogain y los parajes de su Erro natal.

9. LISTA DE REFERENCIAS

- Austin, M. (1906). *The Flock*. Boston.
- Azcona J. M. (1992). *Los paraísos posibles. Historia de la emigración vasca a Argentina y Uruguay en el siglo XIX*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Civantos, D. (2011). *Cuando los pastores vascos dibujaban corazones en los álamos americanos*, <https://www.yorokobu.es/cuando-los-pastores-vascos-dibujaban-corazones-en-los-alamos-americanos>
- Douglass, W. & Bilbao, J. (1975). *Amerikanuak. Los vascos en el nuevo mundo*. Reno: University of Nevada Press.
- Echeverría, J. (1999). *Home Away from Home: A History of Basque Boardinghouses*. Reno: University of Nevada Press. DOI: <https://doi.org/10.1086/ahr/106.5.1815>
- Estornés Lasa, M. & Totoricagüena Egurrola G. (2019). *Estados Unidos de América. Oeste americano*. Enciclopedia Auñamendi [en línea], 2019. Recuperado de: <http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/es/estados-unidos-de-america-oeste-americano/ar-50446/>
- Etxegoien, J. (ed.). (2010). *Leoncio Urabayen y el Pirineo navarro*. Oroz-Betelu: Asociación Irati Bortuak y Ayuntamiento de Orotz Betelu.
- Ibarra, O. (2012). Aldudeko eta Luzaideko paperak eta gutunak, euskaraz idatziak. *Huarte de San Juan. Filología y didáctica de la Lengua*, 12, 105-115.
- Imízcoz, J. M., (1992). Los navarros y América, motivos de ida, efectos de vuelta. In J. Andrés Gallego (coord.), *Navarra y América*. Madrid: Fundación Mafre, 321-398.
- Laparra, M. & Anaut, S. (2009). *Estudio sobre la evolución y situación actual en el mundo de la población emigrante de Navarra*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- Laxalt, R. (2000). *Dulce tierra prometida. Un pastor vasco en el oeste Americano*. Donostia: Tarttalo.
- Perales, J. A. (2004). *Fronteras y Contrabando en el Pirineo Occidental*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Prada, T. (2019). Paisajes de guerrilla: <http://paisajesdelaguerrilla.blogspot.com/2010/03/la-guerrilla-en-navarra-y-pais-vasco.html>
- Saitua, I. (2019). *Basque Immigrants and Nevada's sheep industry, Geopolitics and the Making of an Agricultural Workforce, 1880-1954 (Inmigrantes vascos y Nevada, Geopolítica y el surgimiento de una fuerza de trabajo agrícola, 1880-1954)*. Reno: University of Nevada Press. DOI: <https://doi.org/10.1093/whq/whz100>

- San Sebastián, K. (1988). *El exilio vasco en América, 1936-1946: la acción del Gobierno*. San Sebastián: Txertoa.
- Usunáriz, J. M. (1992). *Una visión de la América del XVIII: correspondencia de emigrantes guipuzcoanos y navarros*. Madrid: Mapfre.
- Vandor, P. (1919). *Hystory of Fresno County With Biographical Sketches*. California: History Record Company.

Webgrafía

- Basques in USA: Amerikanuak. (2016). Recuperado de <http://basquesinwestern.blogspot.com>
- Casa Noriega en Bakersfield: Recuperado de <http://noriegahouse.com/history/>
- EITB. (2013). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=gMxfEIACKW0> (sobre noviazgo, publicado el 16 dic. 2013)
- Kulturkari-ttipi ttpa. (2012a). Recuperado de Euskal Artzainak ameriketan, <https://www.youtube.com/watch?v=6inT-luxnm8>
- Kulturkari-ttipi ttpa. (2012b). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Xa4pw1A852U>
- Saitua, I. (2019). Recuperado de <https://aboutbasquecountry.eus/2019/04/08/como-los-vascos-se-convirtieron-en-apreciados-inmigrantes-en-el-oeste-americano-un-libro-de-iker-saitua/>
- San Sebastián, K. (2016). Entrevista, recuperado de <https://www.noticiasdenavarra.com/2016/05/15/vecinos/y-a-america-parti>
- Western Range Association. Recuperado de <http://westernrange.org/blog>